

## CULTURA



Charles Simic, en octubre de 2015 en Roma. / DINO IGNANI (GETTY)

## Muere a los 84 años Charles Simic, una de las voces poéticas más desenfadadas

El autor de 'El mundo no se acaba' ganó el Premio Pulitzer en 1990

EDUARDO LAGO

Charles Simic, una de las voces más desenfadas e innovadoras de la poesía norteamericana del último medio siglo, falleció el lunes a los 84 años en una residencia de ancianos en Dover, New Hampshire, como consecuencia de complicaciones derivadas de la demencia senil que padecía. Nacido en Belgrado en 1938, durante su infancia sufrió los horrores de la guerra, que dejó en él una huella de la que jamás pudo ni quiso deshacerse. "No se puede borrar el pasado, es lo que nos da forma", afirmó en una entrevista concedida a este periódico en 2015.

Autor de 30 títulos de ensayo, poesía y prosa miscelánea, en 1990 fue galardonado con el Premio Pulitzer de poesía por *El mundo no se acaba*. Cualquiera de sus volúmenes de versos constituye una excelente carta de presentación, aunque tal vez la puerta de entrada más directa a su universo sean sus memorias, *Una mosca en la sopa*, título que encierra en sí la intención irónica, visceral e irreverente que marca todo su hacer.

Tenía 15 años cuando llegó a Estados Unidos, procedente de su Serbia natal, entonces parte de Yugoslavia, tras una agónica estancia en París a la espera de que a él y a su madre les fuera concedido un visado que les permitiera reunirse en Chicago con su padre, ingeniero electrónico de profesión. Aunque apenas hablaba el idioma, inmediatamente adoptó el inglés, llegando con el tiempo a convertirse en uno de los poetas más originales de su nueva lengua.

Trabajó como corrector de pruebas y chico de los recados del *Chicago Sun-Times*, trasladándose a Nueva York en 1958, donde se matriculó en la univer-

sidad y ejerció diversos oficios, dedicándose a escribir por la noche. La ciudad dejó una profunda huella en él, y el poeta le rindió homenaje en *El libro de los dioses y los demonios*.

Simic tenía una personalidad arrolladora. Su curiosidad le llevaba a servirse de todo como ingrediente de su poesía. Durante la conversación le prestó más importancia a cualquier asunto relacionado con la vida cotidiana que a las cuestiones literarias, hablando de comida y bebida, jazz y blues, pintura y cine, recalando su interés por el cine negro. "El cine negro siempre me ha parecido la representación más fidedigna del alma norteamericana", afirmó.

El otro elemento de la cultura de su país adoptivo que hizo suyo con fruición fue la música negra, el jazz y el blues. El poeta tenía cinco o seis años cuando ponía la radio en su ciudad natal en plena guerra. A propósito de las nefandas figuras históricas que marcaron el destino de su familia, obligándole a exiliarse, dijo: "Hitler y Stalin fueron mis agentes de viaje". Era su manera de trascender las circunstancias adversas, confiriéndoles un sesgo positivo. "Es una contradicción muy parecida a la que anida en el alma de la poesía", afirmó.

Descubrió que los grandes poetas que había leído habían borrado su voz y tuvo que empezar de cero: "Mis poemas no eran míos. Eran de Ezra Pound, E. E. Cummings, T. S. Eliot". Cuando le pedí que definiera qué es poesía, contestó: "Algo que pueda entender mi perro". Y recitó estos versos: "Salchicheros de la historia, / de la hecha con sangre, / venís todos de un villorrio / donde el perro que ladra a la luna / es el único poeta".

## El cómic llega a la Academia de Bellas Artes de Francia

La dibujante Catherine Meurisse entra en la institución

LAURA FERNÁNDEZ, Barcelona Catherine Meurisse (Niort, Francia, 42 años) tiende a escuchar todo tipo de relatos radiofónicos mientras dibuja. Interrumpe uno de ellos para responder a esta entrevista por videollamada desde su taller, en París, ante su mesa de dibujo, en la que hay un poco de todo: pinceles húmedos, cajas de acuarelas, plumas, un bote de tinta china, cinta adhesiva... "Dibujo a la antigua, en papel, con carboncillo, bolígrafo y tinta china", confiesa. También que, desde que ocurrió lo que ocurrió —el atentado islamista en la revista *Charlie Hebdo* al que sobrevivió: una ruptura sentimental la mantuvo en vela toda la noche y llegó tarde a la oficina—, sus libros surgen "al caminar sola en la naturaleza". Y lejos de casa. Cuanto más lejos, mejor.

Fue así como llegó a Japón. Lo único que pretendía era "renovar" su "banco de imágenes interno" pero, una vez allí, tuvo la sensación de encontrarse en casa. Es algo que ocurre a menudo. La dibujante pasó unos meses en la residencia para artistas Villa Kujoyama, en Kioto. Corría el año 2018 y le sirvió para reponerse del atentado. Pero también para ampliar su paleta de colores, en un sentido existencial, y universalizar su obra. Es por eso por lo que puede hablarse de japonismo, e invocarse el espíritu de la inabarcable atracción que el arte japonés ha despertado entre los pintores occidentales, cuando se habla de la inmersiva y autorreflexiva *La joven y el mar*, la nueva obra de Meurisse, publicada en español por Impedimenta.

En *La joven y el mar*, Meurisse narra a la vez sus impresiones del país y la historia de este en relación con la representación artística, y el resultado tiene tintes de microcrónica de viaje con aspecto de fábula de final sorprendente y adecuadamente real. En 2019, la artista pasaba otra temporada en Japón, en la isla de Iki, en la región de Nagasaki, cuando el tifón *Hagibis* asoló parte del archipiélago. Y ese es el tifón que amenaza con destruir el paisaje —"la belleza que está a punto de desaparecer"— en las viñetas. "Si *La levedad* —su álbum sobre el atentado— contaba lo que pasaba des-

pués de una catástrofe, *La joven y el mar* cuenta lo que pasa antes", señala. Además de en sus recuerdos del viaje, la dibujante se inspiró en la novela *Almohada de hierba*, de Natsume Soseki, para dar forma al cómic. "La actualidad también intervino en el álbum: escribí la historia durante el primer confinamiento de 2020, cuando

se difundió la estúpida idea de que la naturaleza se estaba vengando de la humanidad", recuerda. Meurisse apuesta por lo contrario. Hay visiones sobre lo que ocurre y lo que está por venir, y todas se desprenden de la naturaleza, de aquello incontrolable que nos rodea y nos refleja de alguna forma. Nos observa, como dice uno de los personajes. "La experiencia de lo que podríamos llamar la evanescencia de las cosas está presente en *La joven y el mar* y da lugar a la siguiente observación, que tendemos a olvidar: estamos intrínsecamente ligados a la naturaleza. Separarnos de ella nos hace daño", dice.

¿Y descubrió en ella algo tan poderoso como un nuevo color durante su estancia en Japón? Admite que no. "No descubrí colores en Japón, pero estuve atenta a la luz. Pero es cierto que se pueden observar colores nuevos, aunque más en los grabados que en el paisaje. Los pintores orientales transforman y estilizan el paisaje en sus pinturas. Hiroshige se atreve a poner una banda de rojo en sus cielos azules, Jakuchu satura sus formas de verde, rojo y dorado, Hokusai deja mucho espacio al blanco. Podríamos citar miles de ejemplos de obras niponas que nos enseñan a ver mejor", responde. Ese es, en definitiva, para Meurisse, que creció admirando a Quentin Blake, Sempé y Tomi Ungerer, el fin de la pintura y el dibujo, y de su propia obra, el de permitir al que observa "aprender a ver mejor el mundo".

A principios de diciembre, Meurisse, que desde el atentado vive dedicada por completo a la historieta, se convirtió oficialmente en la primera dibujante miembro de la Academia de Bellas Artes de Francia. Con ella, el cómic entra en tan distinguida institución por fin. Durante la ceremonia, después de un emocionadísimo discurso, en el que recordó a sus compañeros de *Charlie Hebdo*, publicación, por cierto, en la que fue también pionera —fue la primera mujer contratada por la revista—, recibió de manos de su admirado Blutch una espada cuyo mango luce cuatro plumas de cuatro dibujantes a los que admira: el propio Blutch, Luz, Claire Bretécher y Quentin Blake.

Viñetas de *La joven y el mar*, de Catherine Meurisse.

La historietista publica 'La joven y el mar' sobre su experiencia en Japón

Sus libros surgen "al caminar sola en la naturaleza" y lejos de su casa